Yo me pregunto a veces si la noche  
se cierra al mundo para abrirse o si algo  
la abre tan de repente que nosotros  
no llegamos a su alba, al alba al raso  
que no desaparece porque nadie  
la crea: ni la luna, ni el sol claro.

Mi tristeza tampoco llega a verla  
tal como es, quedándose en los astros  
cuando en ellos el día es manifiesto  
y no revela que en la noche hay campos  
de intensa amanecida apresurada  
no en germen, en luz plena, en albos pájaros.

Algún vuelo estará quemando el aire,  
no por ardiente sino por lejano.  
Alguna limpidez de estrella bruñe  
los pinos, bruñirá mi cuerpo al cabo.  
¿Qué puedo hacer sino seguir poniendo  
la vida a mil lanzadas del espacio?

Y es que en la noche hay siempre un fuego oculto,  
un resplandor aéreo, un día vano  
para nuestros sentidos, que gravitan  
hacia arriba y no ven ni oyen abajo.  
Como es la calma un yelmo para el río  
así el dolor es brisa para el álamo.

Así yo estoy sintiendo que las sombras  
abren su luz, la abren tanto,  
que la mañana surge sin principio  
ni fin, eterna ya desde el ocaso.